

CAPÍTULO IV.

RELACIONES INTERNACIONALES.

§ I.—Comercio. Navegacion.

La historia del comercio, dice *Montesquieu*, es la de la comunicacion de los pueblos. En la antigüedad existía una causa que obraba con mayor fuerza para mezclar á los hombres, y era la guerra. Los Romanos establecieron por medio de las armas lazos entre los estados. Sus relaciones comerciales tienen poca importancia. La reunion de las naciones antiguas bajo las leyes de Roma parecia favorecer el comercio. Pero aquí se vuelve á hallar un carácter del Imperio que hemos señalado ya; los defectos de la antigüedad continúan, aún cuando pierden en intensidad, en razon de la inmensa extension de la dominacion romana. El aislamiento y la hostilidad eran la ley de los pueblos antiguos; aún cuando Roma se asociaba los vencidos, sus relaciones con las comarcas extranjeras siguieron siendo raras y hostiles.

Apénas tratan los autores latinos de relaciones entre Roma y el Oriente. Parece que el nombre y el poder de Augusto resonaron en Asia. Los historiadores cuentan que el rey de los Partos, temiendo las armas del Imperio pacificado, reunió á los prisioneros de los ejércitos de Craso y Antonio, y los devolvió á Augusto con sus águilas (1). Dicen que los Indios y los Escitas, de quienes no se conocia aún más que los nombres, solicitaron la amistad del

(1) DION. CASS., LIV, 8 y sig.—JUSTIN., XLII, 5.—SÜETON., *Octav.*, c. 21.

pueblo romano (1). Aun se habla de una embajada de los Seres «que habitaban bajo el sol» (2). Dificil es de creer que los de las riberas del Ganges se hayan cuidado de la amistad romana; aún la diputacion de los Seres nos parece problemática. Sea de esto lo que quiera, la política pacífica de los emperadores debilitó la consideracion que iba unida al nombre de Roma: léjos de reconocer la supremacía romana, el Oriente elevó imperios rivales. Roma no se encontraba, por decirlo así, con los Bárbaros del Norte más que sobre los campos de batalla. Así, pues, el aislamiento era siempre la ley del mundo, con la diferencia de que las barreras, en vez de separar pueblos pequeños, existían entre el grande imperio y las naciones que Roma no habia podido dominar. Habia un obstáculo insuperable para las relaciones extensas: la antipatía de los Romanos hácia el comercio y la navegacion.

Los Romanos eran un pueblo esencialmente agricultor. La agricultura constituía la principal ocupacion de los ciudadanos; era al principio una condicion para el ejercicio de los derechos políticos (3). Abandonáronse las artes y oficios, primeramente á los esclavos y á los extranjeros, y despues á los libertos (4). El comercio fué considerado siempre indigno de los senadores (5). Los filósofos y los políticos elevaron las preocupaciones nacionales á la altura de una teoría. *Ciceron*, de acuerdo con *Platon*, censura al comercio el alterar las costumbres nacionales y producir la ruina de las repúblicas (6); su orgullo de ciudadano se subleva contra los fraudes de que se hacen culpables los comerciantes. «Los Cartagineses, dice, eran mentirosos y bribones, porque eran comerciantes, el sitio de un hombre libre no es en una tienda; el comercio no conviene más que á los esclavos»; *Ciceron* añade que el

(1) SÜETON., *Octav.*, c. 21.—DION. CASS., LIV, 9.—STRAB., lib. XV, p. 495.

(2) FLORUS, IV, 12.—Traian diamantes, perlas; habian empleado cuatro años en hacer su viaje; solamente su color, dice el historiador, anunciaba que venian de otro hemisferio.

(3) DION. HAL., II, 28; VI, 53; IX, 25.—NIEBUHR, *Historia romana*, t. II, página 397.

(4) DION. HAL., II, 28.—SALUSTIO pone á los artesanos al nivel de los esclavos (*Catil.*, c. 50).—Compárese NIEBUHR, t. I, p. 552.

(5) LIV., XXI, 63.—CICER., *Verrin.*, V, 8.—L. 3, D. 50, 5.

(6) CICERON, *De Rep.*, II, 4.

comercio se ennoblece cuando se hace en grande, cuando lleva á un mismo país las producciones del mundo entero y las pone al alcance del mayor número. Hay en este pasaje como una especie de presentimiento de la mision cosmopolita del comercio; pero el filósofo vuelve bien pronto á las ideas romanas, y acaba por decir con Caton que de todas las fuentes de la riqueza la agricultura es incomparablemente la mejor (1).

La antigüedad, época de esclavitud y de guerra, no podia honrar al comercio. Además, cada pueblo tiene su genio particular, su mision especial. Los Romanos habian nacido para conquistar y gobernar las naciones, y no para ser los factores del mundo. Apenas tuvieron marina militar. Los tratados celebrados entre Roma y Cartago prueban que los Romanos no eran extraños á la navegacion; pero habian hecho en ella tan pocos progresos, que cuando quisieron atravesar por primera vez el estrecho de Sicilia, se vieron obligados á tomar prestados navíos de las ciudades de la Gran-Grecia, y cuando se trató de construir una flota en la primera guerra púnica, tuvieron que tomar por modelo un barco cartagines que habia naufragado (2). El pueblo rey, vencedor de Cartago, no pensó en sustituirle. Después de la segunda guerra púnica Roma se hizo entregar quinientos buques de guerra; en vez de aprovecharse de aquella magnífica flota, Escipion la quemó! (3). Con semejantes disposiciones no podian hacer los Romanos grandes progresos en la navegacion; aun al fin de la República apenas sabian navegar en alta mar (4). César fué el primero que se atrevió á atravesar el Océano; *Juliano* cuenta esta accion entre sus más admirables empresas (5). El imperio no hizo progresos en la navegacion. *Libanio* cita como una cosa extraordinaria el viaje del emperador Constancio á Inglaterra, á traves de los peligros del Océano (6).

(1) CICERON, *De lege agrar.*, 35; *De Offic.*, I, 42.

(2) *Real-Encyclopädie*, t. V, p. 447.

(3) LIV., XXX, 43.—Roma obró del mismo modo en todas sus guerras con potencias marítimas (Véase más atras, p. 208).

(4) CÆS., B. G., III, 7.

(5) JULIAN., *Cæs.*, p. 320, D. ed. Spanh.

(6) LIBAN., *Orat.* III, *Basil.*, t. II, p. 140, ed. Morell.

¿Quién inspiró á los Romanos el terror que experimentaban hacia el mar, la conciencia de su incapacidad ó un temor supersticioso? Los antiguos no habian llegado á vencer á la naturaleza; sentíanse más bien dominados por ella; poblábanla de divinidades, y aun hubieran creído cometer un sacrilegio violentándola. Queriendo cortar los Griegos el istmo del Peloponeso, y consultada la Pitonisa de Delfos, respondió que si Júpiter lo hubiera creído conveniente hubiera hecho por sí mismo del Peloponeso una isla. El historiador que refiere este hecho añade que todos aquellos que intentaron esta empresa fracasaron; tan difícil es para el hombre, dice *Pausanias*, el vencer á la naturaleza (1). Esta preocupacion contribuyó á dar á los antiguos una falsa idea de la navegacion. No consideraban al mar como un lazo, sino como la barrera más insuperable; á sus ojos la navegacion era un atentado contra el Creador. En ningun pueblo ha sido tan grande el horror hacia el mar como entre los Romanos. «En vano, dice *Horacio*, los dioses, en su sabiduría, han separado los mundos por medio del Océano; barcos sacrilegos surcan las aguas que debian ser sagradas para nosotros. La audacia humana aspira á todo, y se empeña en una lucha impía contra las leyes divinas» (2). En la edad de oro, aquella utopia de la antigüedad, «no conocian los pueblos otras costas que las de su patria» (3). *Virgilio*, prediciendo una nueva edad de oro, presenta á la navegacion como uno de los crímenes del mundo actual, que desaparecerá en aquel tan feliz porvenir (4). Aun los poetas que pertenecen á escuelas filosóficas expresan los mismos sentimientos. *Lucrecio*, el sublime intérprete de Epicuro, llama á la navegacion arte fatal. El estóico *Lucano* ve en la expedicion de los Argonautas, aquel inmenso progreso llevado á cabo por la humanidad, un ultraje al mar (5). ¿Cuál habia de ser la consecuencia de estas preocupaciones erigidas en doctrina? El

(1) PAUSAN., II, 1, 5. En la Antígona de SÓFOCLES (v. 338 y sig.) el Coro se admira de la audacia de los mortales que se atreven á cortar todos los años con el hierro la espalda de la más poderosa de las diosas.

(2) HORAT., *Carm.*, I, 3.

(3) OVID., *Metam.*, I, 94-96.

(4) VIRGIL., *Bucol.* IV, 31 y sig., 37-39.

(5) LUCRET., *De Nat. Rer.*, v, 1004.—LUCAN., *Phars.*, III, 193 y sig.

comercio fué criticado como un vicio, la navegacion como una nueva causa de destruccion inventada por los hombres (1). «Júpiter castiga la criminal audacia de los mortales, suscitando contra ellos el furor de los vientos y de las tempestades en mares en otros tiempos tranquilos y pacíficos» (2).

En tiempo del imperio fué cuando empezaron á abrirse paso ideas más justas. El poeta que ha cantado la expedicion de los Argonautas dice que en los designios de Júpiter «el negocio une entre sí á todas las partes del universo» (3). *Séneca* hace notar que «las cosas necesarias á los hombres han sido distribuidas por climas, á fin de establecer relaciones forzosas entre las naciones» (4). *Plutarco* ha escrito una bella página sobre las ventajas que el mar proporciona para la asociacion de los pueblos: «Sin el mar, dice, la vida del hombre sería salvaje y aislada. El mar es como un quinto elemento que une á los hombres y llega á ser una causa de perfeccion, por los auxilios mutuos que pueden prestarse, por los cambios que establecen una comunidad y amistad generales» (5).

Las ideas de *Plutarco* son como el anuncio de un nuevo mundo, en el cual el comercio ha de servir de lazo internacional y de instrumento de civilizacion. El imperio romano estaba todavía lejos de esta edad de desenvolvimiento pacífico. Sin embargo, una causa favoreció el comercio y fué el lujo que se desarrolló extraordinariamente en tiempos del Imperio. Los Romanos escudriñaban toda la tierra para sus comidas (6). Dios se sirve hasta de las malas pasiones de los hombres para la ejecucion de sus designios: los vicios llegan á ser fuente de relaciones comerciales, el egoismo un principio de union entre los pueblos. La avidez del lucro, dice

(1) HORAT., *Carm.*, III, 24.—PROPERT., III, 7, 29 y siguientes.—PLIN., H. N., XIX, I, 4.

(2) STAT., *Silv.*, III, 2, 71, 77. *C. Columell.*, lib. I, *Præf.*

(3) VAL. FLACC., *Argonaut.*, I, 246 y sig.

(4) SENECA., *Epist.*, 87.

(5) PLUTARCH., *Moral.*; *Aquane an ignis sit utilior*, c. 7.—Un retórico del siglo segundo, á quien sus contemporáneos comparaban con Demóstenes, ARÍSTIDES, ha escrito un elogio un tanto declamatorio sobre el mar: «el hombre, dice, estaba apegado al suelo como una planta, y la navegacion le prestó alas» (*Isthmica in Neptunum Oratio*, p. 35, 36, t. I, p. 19 y sig., ed. Jebb.).

(6) SENECA., *Consol. ad Helv.*, c. 9.—HERODIAN., IV, 10, 8 y sig.

Plinio (1), aproximó la India al resto del mundo. La naturaleza ha establecido una fácil comunicacion entre el Oriente y el Occidente, pero los monzones permanecieron por largo tiempo ignorados de los Griegos y de los Romanos; solamente en el siglo primero de nuestra era, Hippalo se atrevió á fiarse á los vientos, que le llevaron á las costas de la India. Este descubrimiento hizo una revolucion en el comercio (2). Sin embargo, los navegantes de Alejandría no pasaron de las costas de Malabar. Tambien se continuó en tiempos del Imperio el comercio que se hacía con la India, por las provincias que forman su parte norte. Se trasportaban las mercancías á la Persia, ó llegaban por los rios navegables de la Alta Asia hasta el mar Caspio y de allí al Ponto-Euxino.

A creer á los escritores chinos, los Romanos entraron en relacion aún con el celeste imperio. Cuentan que *Antoun* (Antonino), rey del pueblo del Océano occidental, envió embajadores á *Oun-Ti* que reinaba en la China el año 166 de la era cristiana. El objeto de la embajada era garantir á los comerciantes romanos contra las hordas tártaras sometidas á la China (3). No haciendo mencion alguna de esta embajada los escritores latinos, los críticos han negado su existencia (4). Una costumbre singular de la diplomacia china permite conciliar el hecho de las comunicaciones comerciales entre los dos grandes imperios con el silencio de los historiadores romanos. Los Chinos, dice *Remusat* (5), ocultan las operaciones comerciales bajo la apariencia de negociaciones diplomáticas. Cuando llegan caravanas de las comarcas situadas al oeste del imperio, se hace pasar á los comerciantes por enviados que van á ofrecer sus homenajes al Emperador, y sus mercancías por un tributo, en cambio de las cuales se les dan presentes de igual valor. Los comerciantes extranjeros presentan en nombre de sus

(1) PLIN., H. N., VI, 26 (25).

(2) ROBERTSON, *Investigaciones históricas sobre la India antigua*, sec. II.

(3) DE GUIGNES, *Memoria sobre las relaciones y el comercio de los Romanos con los Chinos* (*Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XXXII, p. 355).

(4) *Real-Encyclopädie*, t. VI, p. 1204.

(5) REMUSAT, *Nuevas misceláneas asiáticas*, t. I, p. 24 y sig.—Compárese RITTER, *Asien.*, t. I, p. 220-222.—PARDESSUS, *Memoria sobre el comercio de la seda entre los antiguos* (*Memorias del Instituto*, t. XV, p. 27).

soberanos cartas hechas por ellos; *Remusat* cita varios ejemplos (1). Es probable que la pretendida embajada enviada por el emperador Marco-Aurelio se compusiese tan sólo de algunos comerciantes pertenecientes al imperio romano. Los historiadores chinos, fieles á la costumbre de su diplomacia, habrán tal vez trasformado las relaciones comerciales en negociaciones políticas.

Los Romanos mantenian tambien relaciones con los pueblos del norte de la Europa y del Asia. Los bosques de la Escitia suministraban pieles preciosas. Transportábase el ámbar por tierra desde las orillas del Báltico hasta el Danubio; los Bárbaros se admiraban del precio que recibían por un producto de tan poca utilidad (2).

Notemos aún la favorable influencia que ejerció la dominación de Roma sobre las relaciones comerciales de los pueblos que le estaban sometidos. Los odios nacionales y la piratería habían sido un obstáculo á las empresas de los Griegos, de los Fenicios y de los Cartagineses. Gracias á la reunión de tantos pueblos bajo las mismas leyes, una gran parte del comercio, que en otros tiempos había sido internacional, se hizo entre las ciudades y provincias de un solo imperio. Jamás fueron más libres las relaciones de la Europa, del Asia y del Africa. No era ya entorpecido el comercio por la envidia de los estados independientes, ni interrumpido por las guerras, ni detenido por las barreras que la rivalidad de las naciones modernas ha colocado en las fronteras; la paz, la unidad y el vigor de la administración romana daban una completa seguridad á los comerciantes (3).

Las relaciones se facilitaban por aquellas admirables vías, que parecían hechas para resistir el paso del género humano (4). Partían del centro de Roma, atravesaban la Italia, penetraban en las provincias y no se detenían hasta el extremo del vasto imperio. Desde el muro de Antonino en Inglaterra hasta Jerusalem, aquella

(1) REMUSAT, *Investigaciones sobre los Tártaros*, p. 258 y nota.

(2) TACIT., *German.*, c. 45.—PLIN., *H. N.*, XXXVIII, 11.

(3) EPICTET., *Dissert.*, III, 13, 9: «No hay ya ni guerras, ni combates, ni piratería; en todas las estaciones del año, á todas horas, podemos viajar con seguridad y navegar del Oriente al Occidente.»

(4) CHATEAUBRIAND, *Los Mártires*, lib. IV.

gran cadena de comunicaciones se extendía del Noroeste al Sudeste en una longitud de 4.080 millas romanas. Los grandes caminos estaban trazados en línea recta de ciudad á ciudad, sin reparar en los derechos de propiedad ni en los obstáculos de la naturaleza; cortábanse las montañas, y arcos atrevidos arrostraban la impetuosidad de los ríos más rápidos y más anchos (1). Aun cuando en el pensamiento de los Romanos no fuesen los caminos más que un instrumento de conquista, el comercio se aprovechó de ellos.

Las comunicaciones fueron lentas y difíciles hasta en los últimos tiempos de la República. No había servicio de transportes organizado, ni para las personas, ni para las cosas. En las circunstancias urgentes se improvisaba una posta con caballos, pero no pensó el Senado en establecer una correspondencia permanente. Sin embargo, en un gran imperio es una necesidad para el Gobierno el estar siempre enterado de lo que sucede en las provincias y el transportar rápidamente sus agentes. Así se encuentran ya una especie de postas entre los Persas. Roma, que tenía en tan alto grado el genio de la unidad, no podía dejar de perfeccionar aquel poderoso medio de administración. Augusto estableció en todos los caminos militares correos, y poco después carruajes (2). Pero, cosa singular y que prueba hasta qué punto el Estado lo absorbía todo entre los Romanos, no pensaron jamás los emperadores en poner las postas á disposición de los ciudadanos: siguieron siendo un servicio público hasta en los últimos tiempos del imperio. No había institución alguna para facilitar los viajes de los particulares ni para transportar los objetos ó las cartas. El aislamiento, aquella ley del mundo antiguo, no se rompió más que para el Estado; pero siguió siendo la condición de los individuos.

(1) GIBBON, *Historia del imperio romano*, c. 11.

(2) NAUDET, *Sobre la administración de las postas entre los Romanos*, en las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XXIII, P. II, p. 166-240.